



LOS CABALLOS DEL VINO DE CARAVACA DE LA CRUZ

DIEGO MARIN RUIZ DE ASSIN.

Si algo llega de verdad a mover el ánimo de los caravaqueños, son los Caballos del Vino. Se vive para ellos durante todo un año, esperando una ocasión que solamente ha de darse en el transcurso de siete u ocho horas y de nuevo, cuando pasan, vuelta a empezar.

Este festejo, el más original de los que se realizan en Caravaca, tiene sus raíces con toda probabilidad en el siglo xvi, es el momento de expansión del término, cuando los cultivos se incrementan y enriquecen, libres ya de incursiones musulmanas que venían coartando el desarrollo de la producción desde varios siglos antes.

Con la ampliación de las tierras cultivables y en una época de hambreras, plagas y epidemias, se recurre a la Vera Cruz. Patrona de la villa,

como única defensora ante estas catástrofes, por ello además de rogativas, procesiones y otros, se incluye en las celebraciones religiosas de mayo una típica ofrenda de los frutos de la tierra y sobre ellos la vid, que cubría más de la mitad del inicial terreno cultivable, y que era fuente de uno de los mayores ingresos de la encomienda santiaguista de Caravaca.

Hasta el siglo xix, los Caballos del Vino, guiados y ayudados por cuatro mozos, no fueron sino meros instrumentos para transportar los caldos hasta el Santuario, por las empinadas cuestas que a él conducen, en donde se vertían en un recipiente adecuado para su bendición. Eso sí, eran días de fiesta y los animales lucían sus mejores atalajes, siendo además engalanados con cintas de

colores e incluso alguna que otra colcha apreciada por la familia propietaria de cada caballo. Todo este enjaezamiento estaba coronado por una bandera con la Vera Cruz bordada, que indicaba para quién era el líquido que portaban.

Pero a mediados del siglo pasado, las fuentes documentales dejan entrever algo más que un simple transporte. Entre los mozos que guiaban al equino, existía una pugna por quién llegaba antes al castillo, por quién conseguía que fuera su vino el que la Sagrada Reliquia bendijera.

Así la filoxera acabó con los viñedos, pero no con los Caballos del Vino, que ahora tenían otra razón de ser: la de demostrar cuál era el mejor caballo (o yegua) y quiénes los mejores caballistas.

De ahí a nuestros días poco ha cambiado en esencia. Una vez desaparecidos los pellejos que contenían el vino, adquirieron importancia los adornos y, por supuesto, la carrera hacia el Santuario.

Todos los labradores que utilizaban caballos para sus tareas en el campo, se convertían cada 2 de mayo en protagonistas de la fiesta, y cuando, hace pocos años, esos animales fueron sustituidos por máquinas, se buscaron en distintos lugares de la geografía peninsular para continuar una tradición de siglos.

De las colchas y las cintas a los mantos hechos a propósito cada año y según la medida del caballo, no hay

mucho camino. Ya no se visten con otra cosa que no sea un conjunto de piezas que forman el enjaezamiento de un Caballo del Vino y que constituyen, cada uno de ellos, verdaderas obras de arte en cuanto a diseño y bordado, siendo uno de los mayores secretos del caballista el color del manto que solamente se desvela el dos de mayo por la mañana, único momento en el que en realidad se aprecia la callada labor de todo un año.

EL FESTEJO

El festejo de los Caballos del Vino tiene lugar el día 2 de mayo de cada año en Caravaca de la Cruz, y está inserto dentro de las Fiestas de Moros, Cristianos y Caballos del Vino en honor de la Stma. y Vera Cruz, que se desarrollan desde el día 1 al 5 de mayo.

Aunque la actividad del Bando de los Caballos del Vino se manifiesta en distintas ocasiones a lo largo del año, se puede entrar en las horas que van desde las tres hasta las diecisiete del día 2 de mayo.

El ritual caballista comienza mucho antes de salir el sol (tres o cuatro de la madrugada), cuando el caballo, ya limpio y preparado, se lleva al lugar donde se le vestirá con el mayor esmero, empezando con el atacolas para finalizar con el manto. Aproximadamente a las nueve de la ma-



ñana, empiezan a salir a las calles para concentrarse en el Templete (allí tiene lugar la Misa de Aparición de la Stma. y Vera Cruz que rememora el milagro acaecido en el siglo XIII), y desde donde, al finalizar dicha ceremonia, iniciarán su recorrido-exhibición por las principales arterias de la ciudad, seguidos (o precedidos según el año) por moros y cristianos y miles de personas que esa mañana participan plenamente en la fiesta. Por el trayecto tradicional, irán marchando acompañados de sus abundantes seguidores, invirtiendo más de cuatro horas en un corto tramo (unos 1.500 m.) para llegar hasta el último tramo de la cuesta del castillo, en donde comenzarán la carrera contra reloj que los lleva a la explanada de la fortaleza, lugar en el cual realizarán su alarde delante del jurado que les hará entrega de los trofeos de los dos concursos: carrera y enjaezamiento.

EL CABALLO DEL VINO Y LOS CABALLISTAS

La figura de un Caballo del Vino suele sorprender al que por primera vez lo contempla, ya que espera verlo adornado, con su jinete y su mejor silla y quizás con algún recipiente lleno del rojo líquido, pero no es así. El Caballo del Vino no se monta nunca y, por supuesto, no va ensillado, en su lugar los atalajes especiales de este festejo ocultan la mayor parte del cuerpo del animal.

Las partes que componen el enjaezamiento son muy diversas, el «manto» cubre la grupa, las «faldoneras» las ancas, la cola trenzada, el punto más difícil de preparar lleva el «atacolas» de madroños con los colores del manto, en las muñecas y tobillos las «pulseras», el «pecho preta» oculta la delantera del caballo, el «brión» la cabeza y la «crinera» el cuello; todo ello se completa con la «bandera» identificadora de cada peña caballista, que se sujeta al lomo por medio de unas «jarmas» cubiertas por el manto.

El conjunto completo constituye el enjaezamiento de un Caballo del Vino. Todo él va bordado en oro y sedas, destacando los motivos que obligatoriamente han de ser de tema festero o histórico-festero.

El color del terciopelo, bordados y motivos son el orgullo y secreto del caballista, que en el mes de junio empieza a diseñar y bordar para el año siguiente. Cada manto sólo concursa una vez y sólo se ve el 2 de mayo.

Por sin caballistas no hay Caballo del Vino, éstos lo diseñan, visten y

guían, y siempre están agarrados a él (una de las condiciones para ganar la carrera es que ni uno solo de los cuatro mozos se suelte del animal), hay que saber correr a la par, empujar y frenar para tener el honor de ser caballista; solamente cuatro personas de cada peña pueden llevar un Caballo del Vino en la mañana grande de Caravaca.

Caballo, caballistas y enjaezamiento son el todo de este festejo que no se concibe sin alguno de estos componentes.

VALOR SOCIAL DEL FESTEJO

Por el origen de los Caballos del Vino se advierte que no es una actividad impuesta por ninguna institución (administrativa o religiosa), sino que surge de la misma base de la sociedad, de una clase baja, la de los pequeños labradores de la huerta y campo de Caravaca.

Pero el transcurso del tiempo no ha excluido de este festejo a sus iniciadores, sino todo lo contrario. Hoy se puede asegurar que el 90 por 100 de los caballistas son agricultores y pequeños industriales o artesanos sin nadie que les pueda quitar su merecido protagonismo, pero además de ellos, todo el pueblo de Caravaca es caballista en la mañana del día 2.

El Bando de los Caballos del Vino es, dentro de la Comisión de Festejos de la Real e Ilustre Cofradía de la Stma. y Vera Cruz, un ente autónomo en su gestión y administración y aglutina a la mayor parte de los festeros. La implicación popular en este festejo es total.

Los 45 caballos que desfilan cada año, acogen al cien por cien de la población, ya que incluso moros y cristianos, esa mañana, son caballistas de corazón y cada peña lleva tras sí en su recorrido más de quinientas personas, admiradoras de determinado caballo (entiéndase caballo como el conjunto antes citado de caballos, enjaezamiento y caballistas).

A lo largo del año, cualquier convocatoria realizada por el Bando de los Caballos del Vino es secundada masivamente, y no solamente en el campo festero. Los vecinos de Caravaca han pavimentado calles cuando una huelga de la construcción paralizó estas obras en los últimos días de abril, para que se pudiera realizar el festejo, y la labor de este Bando abarca desde la erección de un monumento al Caballo del Vino a la celebración de las actividades culturales más diversas (romerías, exposiciones, belenes navideños, semanas culturales, etc.).



Se podría asegurar que en Caravaca, los caballistas y sus representantes son los que mandan el día 2 de mayo, hasta el mismo Alcalde de la ciudad deja a un lado la etiqueta para presidir todos los actos de esa mañana con el atuendo caballista (pantalón y camisa blancos, faja y pañuelo rojos).

En resumen podemos destacar dos puntos fundamentales en este festejo:

1. Su originalidad: es único en el mundo sin siquiera semejanza con ningún otro en el que el caballo sea elemento esencial.

2. La gran participación popular en él, ya que cada año se dan cita el 2 de mayo más de 50.000 personas que forman parte del festejo como protagonistas.

Aunque indudablemente es mejor vivirlo que contarlo.

BIBLIOGRAFIA

SAN NICOLAS DEL TORO, M.: «Los Caballos del Vino». Centro de Estudios Caravaqueños, Caravaca, 1976.

MELGARES GUERRERO, J. A., y MARTINEZ CUADRADO, M. A.: «La Fiesta de los Caballos del Vino». Caravaca, 1982.

BALLESTAR LORCA, P.: «Los Caballos del Vino. Festejo insólito y pasional». Caravaca, 1983.

POZO MARTINEZ, I.; FERNANDEZ GARCIA, F.; y MARIN RUIZ DE ASSIN, D.: «Notas históricas sobre los Caballos del Vino». CAAM, Caravaca, 1983.

MELGARES GUERRERO, J. A., y MARTINEZ CUADRADO, M. A.: «Los Caballos del Vino». Editora Regional, Murcia, 1983.

MELGARES GUERRERO, J. A., y MARTINEZ CUADRADO, M. A.: «Las Fiestas de la Vera Cruz en Caravaca». CAAM, Caravaca, 1984.